

MEMORIAL DE ARTILLERÍA

EL GENERAL

CIENFUEGOS

POR EL CAPITÁN

D. MANUEL SOMOZA

RECIBIDO
CORPUS DE ARTILLERÍA



MADRID

IMPRESA DEL CUERPO DE ARTILLERÍA

1887

11 6

33

387

68

ARCHIVO FACULTATIVO DE ARTILLERIA

Indice por orden } alfabético
de materias } No

Estante 11

Tabla No

BD2-3650
MLR-149-C
1887/68

MUSEO DE LITERATURA MILITAR

ESTADO MAYOR

SERVICIO HISTORICO



EJERCITO ESPAÑOL

Inscripción	Colocación	Sala
Clasificación		Estante 13
		Tabla 5
	Núm. 1.887	
		68-

1887

68

EL GENERAL CIENFUEGOS (*)

I.

No creemos que los hombres llamados á figurar en primera línea en los diversos ramos del saber ó bajo las mil formas del mérito, sean las únicas personalidades dignas del recuerdo y respeto de la posteridad, relegando al olvido á todos los que no puedan considerarse como estrellas de primera magnitud en el cielo de la gloria humana. Opinamos, por el contrario, que no habiéndose compuesto el mundo (ni estándolo ahora) exclusivamente de eminencias y nulidades, es lógico que haya en el aplauso público una gradación proporcional á la de los méritos adquiridos, huyendo así de la exageración antes indicada.

Ciñéndonos al caso presente, no pretendemos colocar la figura del general Cienfuegos al lado de los hombres de guerra que por sus conocimientos en tan difícil y complicado arte, su genio, valor ó fortuna, han llevado á cabo empresas memorables, ó dejado en los libros valiosos frutos de su inteligencia; pero, en esfera más modes-

(*) Artículo publicado en el *Almanaque asturiano de El Curbayón* para 1887.

ALBERTO
FACULTATIVO DE ARTILLERÍA

ta, bien merecen sus notables servicios á la patria y la prosperidad que supo llevar á lejanas tierras, así como los importantes cargos que obtuvo, el que su nombre no pase completamente desapercibido para los que, como él, vieron la luz en nuestra querida región asturiana.

Empezaremos, pues, estos ligeros datos biográficos, manifestando que D. José María Ignacio González de Cienfuegos y Jovellanos, fué hijo de D. Baltasar, 5.º Conde de Marcel de Peñalba, jefe de una de las más ilustres casas asturianas. Estuvo éste casado tres veces, la última, con D.^a Benita Antonia Jovellanos (hermana del ilustre D. Gaspar), siendo el general Cienfuegos uno de los seis hijos de dicho matrimonio. Diremos aquí, para completar estas noticias de familia, que su hermano D. Francisco Javier llegó á ser Cardenal y Arzobispo de Sevilla, que otro de ellos, D. Baltasar figuró bastante en las Juntas asturianas durante la guerra de la Independencia; y por último, que en esta época era 6.º Conde de Peñalba D. Rodrigo hijo de D. Baltasar primeramente citado, y habido en su segundo matrimonio.

Nació D. José María, en Oviedo el 1.º de Febrero 1763, é ingresó por Setiembre del 77 en el Colegio de Artillería de Segovia; haciendo su carrera en sólo tres años; pues en igual mes del 80, ascendía á subteniente del cuerpo.

El primer hecho de armas en que se halló, fué el sitio puesto á la plaza de San Felipe, en la bahía de Mahón, por el duque de Crillon, á cuyas órdenes estaba el ejército aliado franco español fuerte de unos 15.000 hombres. Empezó dicho sitio en Agosto de 1781, y el 22 de Diciembre se presentó Cienfuegos á tomar parte en él; asistió á la construcción de varias baterías, y sirvió la de Felipet durante todo el fuego, que se rompió el 6 de Enero del año siguiente, terminando el 4 de Febrero con la rendición de la plaza; lo que valió al de Crillon otro ducado sobre el nombre de la capital de Menorca.

Con mudable fortuna siguió el tristemente célebre sitio de Gibraltar, palabra que aún hoy suena á vergüenza

en oídos españoles. Todo el mundo conoce las peripecias de esta lucha y la catástrofe de las *baterías flotantes* del Caballero D'Arsón, con que terminó. Cienfuegos vino de Mahón en Abril con todo el ejército del Duque, y construyó y sirvió la batería de Hermostilla. En Diciembre, fué nombrado para una expedición á América; y al empezarse, en Enero del 83, los preliminares de la paz con Inglaterra, le fué concedido el grado de teniente en premio de sus servicios.

Nada sabemos de sus vicisitudes en los diez años subsiguientes, en los que es de suponer continuaría en la Península, como no sea su ascenso á teniente del Cuerpo en Junio del 87: pero al iniciarse la famosa campaña contra la República Francesa, le encontramos otra vez formando parte del ejército que, á las ordenes del valiente y malogrado Ricardos, atraviesa la frontera en Abril del 93, invade el Rosellón y vence al general Deflers en la batalla de Masdeu. Tomó Cienfuegos activa parte en el sitio de Bellegarde que duró un mes, y fué tan bien dirigido, que á pesar de haber hecho los sitiados doce mil disparos de cañon en los diez días de sitio más formal, solo tuvieron nuestras tropas ocho muertos y veinticuatro heridos. Durante él, sirvió nuestro teniente la batería de la Junquera, y asistió también á la construcción y servicio de la del Perthus hasta la rendición de la plaza, de la que pasó á ser defensor, formando parte de su guarnición.

Había obtenido en Octubre el grado de capitán y esperaba adquirir nuevos merecimientos en la campaña que se reanudase en la próxima primavera; pero todo sucedió muy al contrario de sus esperanzas. Murió Ricardos, al emprender aquélla, y su muerte fué la señal de nuestra derrota. Se perdió el campo atrincherado del Boulou y la línea del Tech, retrocediendo nuestras tropas hasta Figueras; á su vez recuperaban los franceses las plazas perdidas, acabando por sitiar á Bellegarde; y aunque opuso una vigorosa resistencia desde Marzo hasta Se-

tiembre, sucumbió al fin en esta fecha, quedando prisionero de guerra, como los demás defensores, el ya entonces capitán Cienfuegos.

Al recobrar su libertad en Agosto del 95, fué agraciado con el grado de teniente coronel, como premio á sus trabajos y sufrimientos en la campaña que acababa de terminar. Pasó á servir en Andalucía y presidios menores de África; y tal vez regresaba de ellos, cuando al mediar el 97 se hallaba en la bahía de Cádiz á bordo del navío *Conde de Regla*, que formaba parte de la escuadra del mar Occéano. Fué entonces cuando el contra-almirante Nelson atacó y bombardeó aquella plaza; pero á pesar de su intrepidez y del aparatoso buque al que, con gracia andaluza, llamaban los gaditanos *el bombo*, fué rechazado por la escuadrilla de lanchas españolas que dirigían Gravina, Valdés, y otros jefes de la Armada, cuyos nombres, ya conocidos, debían hacerse tan ilustres. Y ya que de nombres ilustres hablamos, no omiteremos el de un modesto oficial, compañero de Cienfuegos en el Roselión, donde, como él, cayó prisionero, y también se distinguió en esta defensa de la bahía de Cádiz dirigiendo el fuego de la tartana cañonera número 5 que montaba un cañón de á 24. Este teniente, universalmente admirado once años después, se llamaba D. Luis Daoiz.

En la antigua ciudad de Segovia, á la que podemos llamar *patria* del Cuerpo de Artillería (así como su histórico Alcázar puede considerarse como la casa solariega del mismo), volvemos á hallar á Cienfuegos, que en Diciembre de 1797 había sido nombrado primer teniente de la compañía de cadetes. Desempeñó este cargo hasta 1804; habiendo obtenido dos años antes el ascenso á Jefe de brigada (hoy comandante) y en la citada fecha el de teniente coronel y, con él, el destino de capitán de la compañía arriba dicha, que desempeñó otros dos años. Estuvo, pues, ocho como jefe, en el colegio de que había sido aprovechado alumno. En este intervalo, tuvo el sentimiento de perder á su anciana madre, por la que sentía

el cariño tan intenso como respetuoso que caracterizaba los afectos familiares de aquella época.

Su edad y posición, y el apego al país que le había visto nacer, le determinaron por entonces á aceptar el cargo de director de las dos fábricas que ya tenía en Asturias el Cuerpo de Artillería, y eran la de armas de Oviedo y la de municiones de Trubia; cuyo cargo le fué conferido en 14 de Mayo de 1806. Sin duda que el deseo de ser destinado en su país, se combinaba con el de mudar de estado, pues en 21 del mismo mes, le fué concedida real licencia para contraer matrimonio con D.^a María del Carmen Argüelles y Cienfuegos, sobrina carnal suya, como hija que era de su hermana D.^a Escolástica.

Diremos aquí, por considerarlo oportuno, dos palabras sobre el origen de los establecimientos militares que acabamos de citar.

En la provincia de Guipúzcoa se venía construyendo desde muy antiguo toda clase de armas portátiles de fuego y de ella se surtía el ejército en gran parte; pero la guerra con la República Francesa, que antes hemos reseñado muy á la ligera, puso de manifiesto lo inconveniente de estar aquella fabricación tan próxima á la frontera, y en el año inmediato (1794), se determinó trasladarla á nuestro país, que se consideró á propósito, tanto por su situación, cuanto por sus condiciones climatológicas y las sociales de sus habitantes: bastante parecidas unas y otras á las del país vasco. Por la época á que nos referimos (1806), empezaba á regularizarse la fabricación en Asturias, organizada en gremios, de los cuales residían en Mieres el de bayoneteros y parte del de cañonistas; la otra parte en Grado, y en la capital las tres restantes (llaveros, aparejeros y cajeros). En el palacio del duque del Parque estaban instaladas las oficinas y demás dependencias; y por último, en la casa de las Comedias, contigua á dicho edificio (y que hoy ha recobrado su primitivo destino), vivían los jefes del establecimiento.

Respecto al de Trubia, solo diremos que se instaló en el año siguiente al de Oviedo, y que tenía por exclusivo objeto la construcción de las diversas clases de proyectiles que entonces se empleaban.

De ambos tomó posesión Cienfuegos en Noviembre del año dicho, y se instaló en Oviedo, pasando algunas temporadas en Trubia, donde nació su primogénito D. Gaspar. Pensaba sin duda descansar tranquilo el último tercio de su vida entre las dulzuras de la familia y el aprecio de sus conciudadanos, pero la poderosa tempestad que iba en breve plazo á cambiar su porvenir, volaba ya hacia nuestra desgraciada España, rozando con sus oscuras nubes las elevadas cimas de los Pirineos.

II.

Cuando, hojeando la historia nacional, deleitándonos con las interesantes creaciones de nuestros primeros novelistas, ó (más sencillamente) siguiendo las vicisitudes de cualquier personaje de aquella época, nos encontramos ante los primeros chispazos del inmenso incendio que se llama *Guerra de la Independencia*, chispazos que, para los asturianos, brotan de las piedras lanzadas al consuiado francés por los gijoneses el 27 de Abril, se apodera de nuestro ánimo un sentimiento indefinible, mezcla de respeto religioso, de mundana admiración, y del vivísimo interés con que nos preparamos á oír las escenas culminantes de un drama de primer orden.

Entre los varios oficiales de Artillería que el día 2 de Mayo tomaron parte en los sucesos del parque de Madrid, figuraba el capitán D. Juan Nepomuceno Cónsul, que sostuvo sobre sus rodillas el espirante cuerpo de Daoiz y contestó con noble entereza á las iracundas interpelaciones de los franceses. La descripción de estas escenas, hecha con la vehemencia del testigo presencial, en carta de cónsul á su familia residente en Oviedo, contribu-

yó sin duda á la explosión de ira que Asturias inició y fué secundada por España entera. Relatadas una y otra por inmejorables escritores, nos limitaremos á narrar la parte que en estos sucesos cupo al teniente coronel Cienfuegos.

Las masas de aldeanos y ovetenses que en la noche del 24 al 25 de Mayo invadieron las calles de la población, trataron (como era natural) de apoderarse del armamento existente en la casa del duque del Parque. Sin embargo de lo justificado del movimiento y del amor patrio que Cienfuegos debía sentir tanto, por lo menos, como cualquiera de sus paisanos, no quiso el exacto militar y fiel cumplidor de las ordenanzas, franquear las puertas del establecimiento sin que precediese orden superior. No obstante, aquellas fueron forzadas por la multitud, apoderándose ésta de las armas, que Toreno hace subir á 100.000, pero que, según datos más exactos, no debieron pasar de 50.000 de todas clases.

Después, sabido es lo que sucedió; depuestas las autoridades que se consideraron tibias ó poco entusiastas por el movimiento iniciado, se creó la gran Junta Suprema, que con el mayor celo y patriotismo organizó el levantamiento y la defensa; pero que, parte por la fuerza de las circunstancias y parte también por inesperienza, creó en cortísimo plazo un gran número de generales, jefes y oficiales, procedentes unos del ejército y otros simples particulares. Estos ascensos improvisados en los primeros momentos de actividad y entusiasmo, sin poder preveer los conflictos y rivalidades á que más adelante debían dar lugar, como veremos, fueron una de las principales causas de que la guerra de Asturias no tuviese todo el buen resultado que había derecho á esperar de los sacrificios y abnegación de sus hijos.

Así, pues, Cienfuegos se encontró de repente ascendido á teniente general de los ejércitos y comandante general de artillería en el principado; sin perder por ello su carácter de teniente coronel del cuerpo y director de

las fábricas; en cuyo concepto seguía recibiendo órdenes del jefe del distrito artillero, entonces residente en la Coruña; anomalía que suponemos sería muy frecuente en aquella época, en que las necesidades del momento tenían que saltar por encima de toda clase de organizaciones.

Digamos dos palabras de como había tenido lugar el levantamiento y gobierno del país asturiano en tan apuradas circunstancias.

La Junta Suprema, elegida por los concejos, que tomó posesión el 1.º de Setiembre, estaba formada por personas de gran importancia en la provincia, á cuyas principales familias representaban; muchas de las cuales eran amigos ó deudos de Cienfuegos, pues figuraban como vocales de ellas sus hermanos D. Baltasar y el Conde Marcel de Peñalba: y sus grandes amigos los marqueses de Vista-Alegre y Campo-Sagrado. Nombráronse comisiones especiales, no solo con individuos de la Junta, sino con otras personalidades idóneas; y en tal concepto, el improvisado general perteneció á la de guerra, que con él formaban el brigadier Arango y el teniente general Marqués de Santa Cruz de Marcenado. Este veterano, presidente de la Junta General del Principado en los primeros días de la insurrección, hizo honor á su apellido, enardeciendo los ánimos con su ejemplo y patrióticas frases, siendo nombrado desde luego capitán general de la provincia; pero no considerándose, sin duda, con fuerzas para desempeñar tal cargo, hizo repetidas veces dimision del mando militar, la que por fin aceptó la Junta en 28 de Junio, no sin las manifestaciones más respetuosas y halagüeñas, y nombrando para reemplazarle al general D. Vicente María Acevedo, militar valiente y entendido, aunque no afortunado en sus empresas.

Había tenido Asturias la suerte de no ser invadida todavía por las tropas francesas; pero la concentración de las españolas, que se verificaba en las provincias de Santander y Vizcaya para intentar un esfuerzo supremo,

reclamó el auxilio del ejército asturiano, el cual, al mando de Acevedo, se incorporaba en Quincoces el 11 de Octubre, al de Galicia dirigido por Blake; iban nuestros paisanos en dos cuerpos, á las ordenes de D. Cayetano Valdés y D. Gregorio Quirós. Su mala estrella les reservaba ocasión en qué mostrar su bravura á costa de sensibles pérdidas; no es necesario recordar á nuestros lectores las tristes jornadas de Zornoza y Espinosa de los Monteros, en las cuales Quirós muerto, gravemente herido Valdés, y Acevedo alevosamente asesinado por la caballería francesa, cuando, también herido, se retiraba en un covoy, formaron, con otra porción de víctimas el primer tributo de sangre asturiana, derramada en aras de la más santa y noble de las causas.

Desde la ausencia de Acevedo, quedó Cienfuegos ejerciendo la Comandancia general, para cuyo desempeño en aquellos azarosos tiempos y dado el estado de Asturias, se necesitaban especiales condiciones de carácter. Era el suyo, en rectitud, probidad y firme deseo de llenar toda clase de deberes, cuanto pudiera apetecer el más exigente; grave y formal en las cosas serias, alegre y jovial en el seno de la familia y de la amistad. Formando contraste con esta última circunstancia, se observa en su personalidad esa atmósfera de tristeza que envuelve comunmente á los que, marchando siempre por el camino recto y ajenos á manejos de dudosa dignidad, no pueden romper la red de astucia que los hábiles tienden á su alrededor. Su exagerada modestia no era vano alarde; pues la vemos brotar natural y espontánea de todos sus escritos. Finalmente: un criterio bastante claro y una instrucción sólida, especialmente en su profesión, unidos á la bondad en él innata, le daban la tranquilidad íntima y el respeto exterior bastantes á luchar con las difíciles circunstancias en que frecuentemente se veía colocado.

Eran estas bastante malas para Asturias: después de los desastres citados, los franceses no hicieron más

que un ligero amago sobre el oriente de la provincia; pero nuestras dispersas tropas la atravesaron, dejándonos epidemias y escaseces que se remediaron con la buena voluntad y desprendimiento de todos.

Habíanse organizado veinte regimientos, pero lo estaban más en la forma que en el fondo, y se luchaba con la escasez de oficiales idóneos. Ya hemos dicho que se habían improvisado muchos generales con oficiales de menores graduaciones, y este fué uno de los cargos que se hicieron á la Junta: «pero (decía Cienfuegos á su tío »D. Gaspar Jovellanos) ¿por qué no vinieron á dirigirnos »algunos de los infinitos que llenaba nuestra Guía de »Forasteros; tan favorecidos y premiados por nuestros »monarcas, y tan ingratos como pasivos en el crítico momento que más se necesitaban?»

Ocioso es decir que escaseaban los recursos; nuestro *teniente general* (y suponemos que á los demás les sucedería lo mismo) no cobraba más que su sueldo de *teniente coronel* de artillería. La patria necesitaba entonces mucho dinero además de mucha sangre, y no podía ser espléndida con sus servidores.

Otro cuidado aquejaba al artillero. Las exigencias é imprevisión de los primeros momentos, fueron causa de que se repartiesen todas las armas sin orden ni concierto, ó por mejor decir, que las turbas se apoderasen de ellas; esto, ciertamente se verifica en casos análogos, y en nuestros días hemos visto algunos. Pero llegó el momento de organizarse en todas las provincias fuerzas más ó menos regulares, y allí fué el venir ordenes de las autoridades, súplicas de las corporaciones y comisiones de todos lados en busca de fusiles... ya no los había: y la Fábrica, que no había llegado á su completo desarrollo, era incapaz de satisfacer tanta demanda.

Con estas y otras contrariedades terminó el año y corrieron los primeros meses del 1809. En Marzo, el general Worster pasó á Mondoñedo; aunque, sorprendido por Maurice-Mathiu tuvo que refugiarse en Asturias. Hasta

entonces, sin embargo, se había logrado lo esencial, los franceses no habían pisado la provincia; pero la tea de nuestras discordias, debía alumbrar su camino. Veamos como estallaron aquellas.

III.

Es la del Marqués de la Romana una de las figuras más simpáticas que registra en España la historia militar de principios del siglo. Aunque no tuviese otros méritos, bastaría á que su memoria fuese imperecedera, la brillante retirada que llevó á cabo con su división; corriendo los mayores peligros para socorrer á su patria, traidoramente invadida por los mismos á quienes ayudaban nuestros inimitables soldados en el Norte de Europa.

Y sin embargo, tan inteligente general era el llamado para producir en Asturias hondísima perturbación; y con ella, facilidades para que el común enemigo la invadiese y sojuzgase; siquiera fuese por tan breve é inseguro tiempo como pueden tolerarlo ciudadanos que tienen la conciencia de tales. Prueba una y mil veces repetida de que no bastan á un caudillo las cualidades más brillantes, si no posee la esencialísima de ceñirse á las circunstancias del momento, á las condiciones de los pueblos y á una apreciación elevada é imparcial de los hechos, sorteando con oportunidad y tacto las dificultades pequeñas para conseguir los grandes fines.

Eran los primeros días de Abril de 1809, cuando La Romana llegaba á Toreno, enviando á Asturias comisionados para reclamar auxilios de varias clases y ponerse en combinación con las fuerzas del Principado. Cienfuegos (*) era, según dejamos dicho, comandante general en

(*) D. Antonio Rodríguez San Pedro, de Gijón nos ha facilitado, con una atención muy de agradecer varias cartas y documentos relativos á esta época de la vida de Cienfuegos.

aqué, aunque con el carácter de interino, y había escrito á La Romana manifestándole la conveniencia de que viniese á Asturias, con el objeto de encauzar y dar fuerza al armamento de la provincia. Así lo verificó; pero desde los primeros momentos de su llegada, pudo ya notarse que venía prevenido contra la Junta existente y cuanto de ella dependiese, incluyendo las fuerzas militares. Así, por ejemplo, fué objeto de su censura una circunstancia tan trivial como la de usar el uniforme de Marina los oficiales del regimiento de Gijón, á causa de pertenecer á la Armada su coronel y no estar prefijados los uniformes de los cuerpos que se creaban. Bien se vé que el asunto era baladí, cuando había otros tan graves de que ocuparse.

Un plan propuesto por el general Worster para atacar segunda vez á Mondoñedo y para el cual se pedía á La Romana su aprobación y el auxilio de la división Mahy, fué la primera cuestión en que aquel desairó la opinión de la Junta y la de Cienfuegos. A ésta siguieron mil piques y disgustos personales, á la par que daba fácil crédito á cuantos se le acercaban con quejas ó acusaciones contra la corporación que regía á Asturias. Se comprende, por lo tanto, que situación tan violenta terminase con la supresión de aquella, llevada á cabo por el coronel de la princesa, D. José O'Donell, el 2 de Mayo de 1809. ¡Triste aniversario, digno de haberse celebrado en lucha contra nuestros invasores!

Ni paró aquí el afán de deshacer todo lo organizado por Cienfuegos, con más ó ménos acierto, para la defensa del Principado. Había aquel conseguido é invertido 100.000 reales en fortificar algo á Oviedo y Gijón con objeto de que, si no un sitio formal, resistiesen la primer acometida de los franceses, y fuesen puntos de apoyo y reunión de nuestras fuerzas: pero La Romana, no solo desaprobó tal proyecto, sino que sacó de la capital la guarnición de 1.500 hombres que tenía, así como toda la pólvora y cartuchería que se había almacenado para

su defensa. No era posible que nuestro general resistiese ya una hostilidad tan manifiesta, y unido esto al mal estado de su salud, se vió en el caso de perder una licencia de tres meses que le fué concedida y de la cual usó el 13 de Mayo, marchando al lugar de Brañes, en las inmediaciones de la capital, donde tenía su familia algunos bienes.

El resultado de la extraña conducta del Marqués, no se hizo esperar. Los franceses, enterados sin duda de nuestras desavenencias, invadieron el Principado por tres puntos á la vez: entró Ney por Galicia con 5.000 hombres, Kellerman por Pajares con 4.000 y Bonnet con unos 3.000 por la parte de Santander. El 18, pasaba el primero las barcas de Cornellana; aquella misma tarde sostenía un ligero tiroteo con fuerzas de la Princesa y Gijón que retrocedieron á esta villa, y al día siguiente entraba en Oviedo, cuyas fortificaciones destruyó. Entretanto, el general en jefe se embarcaba en Gijón con todo su estado mayor, el comandante general que había reemplazado á Cienfuegos, y los millones que la Central había remitido para el ejército asturiano.

¿Cabe defensa en el proceder de La Romana? Aunque se disculpen la supresión de la Junta (tal vez exigida por rivalidades mezquinas) y sus restantes arbitrariedades ¿puede olvidarse que abandonó á Asturias, al fin territorio de su mando, sin oponer una resistencia formal á los soldados franceses? Mucha circunspección y competencia se necesita para juzgar á hombres de su talla y sucesos ya lejanos; pero, de no haber poderosas razones en su favor, difícilmente podrá dejar de ser la conducta de La Romana en Asturias, lamentable error que empañe su preclara historia.

Como no tratamos de escribir la de esta guerra en nuestra provincia, no entraremos en detalles de la ocupación francesa. Bastará decir que Ney al día siguiente de su entrada en Oviedo, donde dejó á Kellerman, retrocedió por Gijón y Rivadeo á Galicia. Bonnet, que había

avanzado al Infiesto, volvió á la Montaña, batiendo á Ballesteros. Solo Kellerman continuó en la capital, donde el 30 de Mayo publicó un bando nombrando nueva Junta y dictando algunas disposiciones gubernativas; pero á su vez tuvo que retirarse precipitadamente el 10 de Junio, ante la aproximación de Worster.

Reuniéronse por aquellos días con éste, varios jefes, entre ellos el brigadier D. Juan Díaz Polier (El Marquesito), no pudiendo llegar á un acuerdo por las disensiones que surgieron. Worster, á quien correspondía el mando, instó á Cienfuegos ofreciéndoselo, pero éste escarmentando con los sucesos anteriores se negó á aceptarlo, y con mayor motivo cuando vió á Ballesteros, que vino de la Coruña con ordenes de La Romana, llevarse las tropas mejor equipadas y armadas del Principado. Hé aqui algunas frases suyas que pintan gráficamente el estado del país por entonces. «¿Acaso (escribe á Jovellanos) puedo yo prometerme sacar á mi patria de una
»completa anarquía militar y otra que asoma, y remediar los escandalosos absurdos cometidos por el general
»en Jefe? ¿Acaso puedo remediar los de una junta que no me dió autoridad para adquirir concepto en el ejército,
»decoro á mi persona, y oídos á mis insinuaciones? ¿Acaso
»podré yo persuadirme que, general de comedia, haya de ser mirado como se necesita en las actuales circunstancias, como general en jefe, restablecedor del orden entre
»otros generales del mismo jaez, pero embriagados de orgullo, llenos de ambición y poco menos ignorantes que
»yo? ¿Acaso puedo figurarme que he de ser profeta en mi patria?» Y al final, indica el único remedio posible. «Por Dios, al momento un general de tesón y prudencia. Al Sr. Cornel digo lo mismo, *y que no sea asturiano*. Ven-
»ga D. Cayetano Valdés, que es excelente; él y yo podremos hacer algo; yo sin él, nada; y otro que no conozca el país, poco en algún tiempo.»

No puede ocultarse lo ofendido que nuestro general estaba con La Romana; pero no es de admirar, atendida

la poca consideración que le demostró, no solo mientras estuvo en Asturias, sino después. En efecto, el 1.º de Agosto se presentó en Oviedo un comandante de artillería, procedente de Galicia y con orden del general en jefe, para encargarse de las fábricas de armas y municiones. El disgusto de Cienfuegos, puede colejirse; pero tan injusta ofensa no debía prosperar, y en el mes siguiente resolvía el Ministro de la Guerra (Cornel) en oficio muy enérgico, que continuase en dicho cargo Cienfuegos, á quien estaba encomendado, y que lo había desempeñado con exactitud y acierto. A todo esto, se hallaban en completa dispersión los maestros y operarios de la fábrica, y así continuó hasta Marzo siguiente, en cuya fecha resolvió la Junta su reorganización en Vega de Rivadeo, como se verificó, dando principio en Abril la elaboración de fusiles: y aun se tuvo el proyecto de fabricar acero y algunas armas blancas, por haber acudido allí varios armeros de Toledo.

En Julio había venido á Asturias el general Mahy, que pudo hacer muy poco en asuntos tan complicados y de antecedentes para él desconocidos. Le reemplazó, á fines de Noviembre, D. Antonio Arce, el cual, en unión del consejero Leiva, traía la misión de instruir á la Suprema sobre la famosa supresión de la Junta de Oviedo; pero lo único que hicieron estos comisionados, fué convocar otra nueva cuando, en Marzo de 1810, se supo que había dejado de existir la Central, y depositando en aquella toda clase de autoridad, incluso la militar, abandonaron la provincia.

Así y todo: faltando á las tropas cabeza y dirección única, no dejaban de hacer los jefes de ellas esfuerzos notables en defensa del territorio. Merece citarse el llevado á cabo por el general Bárcena en unión de las tropas de Galicia (19 de Marzo 1810,) atacando á las de Bonnet en El Fresno y Grado, obligándoles á repasar el Nalón y retirarse á la línea del Sella. Esta y otras ventajas parciales, ponían más de relieve la falta que acabamos de

indicar; á remediarla acudió la Junta, y siendo imposible la venida de Mahy, asoció á sí la de Guerra, á la cual dejó la elección de capitán general, que recayó por segunda vez en Cienfuegos.

Las fuerzas que por entonces componían el ejército asturiano, formaban cuatro agrupaciones. Era una, la división de Oriente, mandada por el brigadier D. Federico Castañón; operaban hácia el centro las de Bárcena y y D. Juan D. Porlier, y nos auxiliaba en la izquierda la llamada división de Galicia, que primero estuvo á las ordenes del brigadier Moscoso y luego á las del general D. Ulises Albergotti. Había, además, otras columnas de menos importancia y varias partidas, sin contar con la *Alarma*, ó sea levantamiento del país en masa, parecido al *somatén* catalán, y que tenía lugar para una operación determinada.

De los jefes principales, apenas podía contar Cienfuegos más con el digno y benemérito Bárcena. Castañón se proclamaba casi independiente al extremo de la provincia; *El Marquesito*, buen guerrillero, fiaba en su iniciativa y se resistía mucho á cualquier otra; y en cuanto á Albergotti, por pertenecer al ejército de Galicia, alegaba mil escrúpulos para ayudar al nuestro. Baste decir que, invitado á ello por Cienfuegos contestó que *obedecería las órdenes que le diera en unión con las Juntas de Asturias y Galicia*. Tan desatinada proposición, hecha por un general, prueba hasta qué punto eran ciertas las rivalidades y desavenencias puestas de relieve por Cienfuegos en las vehementes frases que antes copiamos.

Y estas premisas, no podían ménos de traer consecuencias desastrosas; la línea del Nalón fué rota y vencida el 21 de Abril, y en Mayo fracasaron dos ataques contra Cangas y Luarca. Convencido de la inutilidad de estos esfuerzos parciales, trazó Cienfuegos las bases de un ataque general que había de combinarse con un desembarco de Porlier entre Gijón y Villaviciosa; pero la tardanza en su preparación, fué causa de que los france-

ses se apercibiesen de él, y le inutilizasen con algunos movimientos estratégicos, en que tan maestros eran.

La llegada de otra división de 1.800 hombres, que Mahy enviaba á las ordenes del brigadier *D. Estéban Porlier* (no debe confundírsele con *El Marquesito*), animó á Cienfuegos á intentar un último esfuerzo. Celebró el 9 de Julio una junta en Brañas (concejo de Leitariegos) con Bárcena y el citado Porlier, y se combinó el movimiento, empezándose su ejecución en los días siguientes. Habían ocupado ya los puntos de la primera posición; y al marchar sobre la segunda, abandonaron su objetivo, por llevar á cabo un ataque innecesario é inconveniente contra la casa fuerte de Benavides, en el concejo de Lena. Los franceses que la defendían, rechazaron á ambas divisiones; y puestos nuevamente sobre aviso, concentraron sus fuerzas é hicieron fracasar, como el primero, este segundo y bien calculado ataque.

Tan continuados contratiempos, desesperanzaron por completo al comandante general, el cual, por otra parte, se hallaba en una situación violenta. El Consejo de Regencia había nombrado á Mahy, en Junio, capitán general de Asturias, dando á entender que él era el único que podía hacer tales nombramientos: y desautorizando implícitamente el hecho por la Junta asturiana en favor de Cienfuegos. Herido éste en su delicadeza, insistió desde entonces y cada vez con más empeño, para que viniese otro general á reemplazarle, lo que por fin se verificó en Setiembre con la llegada de D. Francisco Xavier Losada, á quien entregó el mando en Cangas de Tineo el 8 de aquel mes.

La época que acabamos de reseñar, la menos brillante de la vida de Cienfuegos, es, en nuestro humilde juicio, la de más mérito. Mandar cuando obedece todo el que debe hacerlo, cuando abundan los recursos, cuando el áura de la victoria orea alguna vez la frente abrasada por los cuidados y responsabilidades... es fácil y llevadero. Pero sufrir en lo material el frío, el hambre y la mi-

seria; ver en lo moral desconocida y ultrajada la propia autoridad; y arrostrar, sin embargo, uno y otro día la derrota y el descrédito, alentado solo por la sublime idea del deber ¡ese es el verdadero sacrificio!

IV.

Libre Cienfuegos, como hemos visto, de su segundo mando en Asturias, puede decirse que descansaba, retirado en Vega de Rivadeo, donde, con la cooperación del comisario D. Fernando de Silva, procuraba sacar el mejor partido posible de los elementos de armería allí reunidos. Por aquellos días acababa de anularse lo poco que restaba de la fábrica de Trubia, pues eran llamados á Mallorca los fundidores y demás operarios importantes de ella. También se le reunió su amigo el Marqués de Vista-Alegre; que harto de ver pagados con desaires sus trabajos y molestias en el cargo de Superintendente de Hacienda, y además enfermo, había presentado su dimisión.

Continuó en Vega todo lo que restaba de año, y en el siguiente (1811) fué nombrado comandante general de Artillería del departamento de Galicia; desempeñando, por orden de Castaños, el gobierno militar de la provincia y plaza de la Coruña en los meses de Mayo y Junio.

En el siguiente de Julio, tuvo el gusto de estrechar entre sus brazos á su tío el inolvidable Jovellanos. Venía este insigne varón á reponerse de tantos años de vicisitudes, luchas y persecuciones en su querido país, en compañía del Marqués de Camposagrado: desembarcaron á principios de Marzo en Muros de Noya, y sin duda por excesivo celo de las autoridades de Santiago, hubieron de sufrir algunas vejaciones y molestias. Puede suponerse el placer con que Cienfuegos recibiría á su ilustre deudo, y la satisfacción con que se confiarían las mil penalidades y contratiempos que durante largo tiempo y por diverso estilo, habían sufrido ambos. Diez días duro esta

entrevista, que debía ser la postrera, pues obligado Jovellanos á huir de Gijón por mar, con motivo de la entrada de Bonnet en dicha villa, falleció en el puerto de Vega el 27 de Noviembre.

La distribución de las fuerzas militares de la Península en cuatro ejércitos, decretada en el primer año de la guerra por la Junta Central fué modificada por la Regencia en Diciembre de 1810, elevando hasta siete el número de aquellos, y asignando cada uno á la defensa de una parte del territorio; si bien las combinaciones estratégicas llevaban á casi todos á maniobrar fuera del suyo propio. El quinto, correspondiente á Extremadura y la mayor parte de Castilla, estaba á las ordenes del vencedor de Bailén; y á él fué destinado Cienfuegos en Mayo de 1812 con el cargo de comandante general de Artillería. Debió, por consiguiente, asistir á las operaciones que estas fuerzas llevaron á cabo, en unión de las anglo-portuguesas rejidas por Wellington, durante los últimos meses del año y que estuvieron casi reducidas al infructuoso ataque de Burgos; á consecuencia del cual volvieron todos á sus cuarteles de invierno en Portugal y Extremadura. Otra nueva y última organización sufrió el ejército español al terminar el año 12, bajo la base de tomar la dirección de todo él, el afortunado Duque de Ciudad-Rodrigo. Esta vez fueron cuatro los ejércitos de operaciones, con dos de reserva en Andalucía y Galicia: Cienfuegos pasó con el cargo que tenía, al tercero de aquellos, que á las órdenes del Duque del Parque, guarnecía la isla de León y Cádiz. Siguiéron estas fuerzas el movimiento general de avance hácia el Norte de la Península por la parte de Valencia, sufriendo un pequeño descalabro en Carcagente. Pasado el Ebro en el mes de Agosto, tuvieron lugar los bloqueos de Tarragona y Tortosa, y en Octubre la rendición de Pamplona. Aún entraron estas tropas en Francia, llamadas por Wellington, cuando las últimas victorias de los aliados determinaron el fin de la guerra.

Si hemos hecho esta ligera apuntación de sucesos bastante conocidos, ha sido solo para indicar cómo Cienfuegos, con uno ú otro carácter, tuvo la inmensa satisfacción de servir á su pátria en todo el curso de tan reñida contienda. Sin duda que en los últimos tiempos de esta, debieron ser muy útiles al ejército en general, y sobre todo, al arma que dirigía, su ilustrada esperiencia y el aplomo y golpe de vista adquiridos en tan continuo batallar.

Justo era que tales servicios tuviesen el merecido galardón; y efectivamente, al fin de la campaña fué nombrado Consejero del Supremo de Guerra. Trasladóse con su familia á Madrid, y allí estaba cuando en Marzo de 1815 se le encomendó, en comisión, el difícil cuanto importante cargo de Capitán General de la Isla de Cuba y Gobernador de la Habana, sin perder por ello su plaza de Consejero, que desempeñó durante su ausencia, el Mariscal de Campo D. Gregorio Rodríguez. Hubo, pues, de pasar en el inmediato mes de Abril, á Cádiz, puerto entonces obligado para casi todos los embarques á América. Sin duda las dificultades de los tiempos impidieron que este tuviera lugar tan pronto como parecía, pues no se verificó hasta el verano de 1816; habiendo llegado á la Habana el 2 de Julio acompañado de su esposa, dos hijos (había nacido en Cádiz el segundo) y su ayudante de campo, el capitán D. Juan Argüelles, que era á la vez su sobrino y cuñado. Iba también con ellos el nuevo intendente de Hacienda D. Alejandro Ramírez, y por último, llevaba consigo unos 1.000 hombres del Regimiento de Navarra y 100 artilleros. El día de su llegada fué señalado por un desgraciado suceso, cual fué el incendio, en el puerto de la Habana, de la fragata *Atocha*.

Verificóse su desembarco y recepción con las ceremonias allí acostumbradas; y, entre otros obsequios, se le hizo el de serle presentado por un negro, al día siguiente de la llegada, su retrato, pintado en tan corto espacio de tiempo. Es el único que conserva su familia; le re-

presenta con uniforme de artillería é insignias de Teniente General, y recordamos haber oído á su hijo D. Gaspar que, si como pintura valía poco, el parecido era exactísimo. Juzgamos oportuno decir aquí que Cienfuegos era de elevada estatura, enjuto de carnes y moreno; las viruelas habían afeado su rostro, al que daban vida expresivos ojos negros. Esto, en cuanto á lo físico, pues de sus cualidades morales, ya hemos hablado antes.

En malas circunstancias tomaba nuestro general el mando de las Antillas. Aparte del apoyo que debía prestar á las plazas de la Florida y á las operaciones de Morillo en Venezuela, exigían toda su actividad y buen deseo una porción de asuntos relativos á la Isla, y la organización de servicios de muy diferentes clases. Empezó por acudir á Méjico; con cuyo objeto salió Apodaca á fin de mes en dirección á Vera Cruz, al frente de cinco buques de guerra, con dos batallones. Al mismo tiempo, atendía á la seguridad pública, creando, con soldados cumplidos, cuatro compañías llamadas *de Mérito*, y dictando otras disposiciones para la persecución de vagos y malhechores.

En Setiembre del siguiente año, firmó Fernando VII el tratado con Inglaterra relativo á la abolición de la trata de negros; el cual, como es de suponer, fué bastante mal recibido en la Isla por los perjuicios que ocasionaba. El interés material no permitía ver el alto principio de moralidad en que estaba fundada aquella resolución que, después de todo, tardó mucho en llegar á ser un hecho. El tacto de Cienfuegos, paliaba estas asperezas, á la vez que no descuidaba el defender los intereses de Cuba amenazados por los corsarios insurgentes, contra los cuales llevó á cabo, con excelente resultado, el armamento llamado *consular*. En este mismo año hizo también un censo de población que dió por resultado 553.028 habitantes, entre blancos, libres de color y esclavos.

Pero la base de que procede la prosperidad de la Isla, fué seguramente el Decreto de 10 de Febrero de 1818,

por el cual se abrieron al comercio extranjero todos los puertos de aquella, antes reservados á los españoles. Esta medida, con la supresión del estanco y laboreo del tabaco, determinó una época feliz para Cuba, cuyo éxito comparten con Cienfuegos, el Intendente Ramírez, D. Francisco Arango y otros beneméritos patricios.

Como digno remate de estos trabajos, encontramos la fundación de la hoy importante villa de Cienfuegos. Su origen fué el fuerte de Nuestra Señora de los Angeles, sobre la entrada de la bahía de la Jagua, empezado en 1738 y concluido en 1745; esta fortificación fué el primer punto de refugio y reunión de las tropas españolas contra los ingleses, cuando en 1762 se apoderaron estos de la Habana. En 1817, reconocida por Cienfuegos y Ramírez la conveniencia de fundar allí una colonia, apoyaron el proyecto de D. Luis Clouet, antiguo colono de Nueva-Orleans. La población se inauguró en 1819, llamándose primero *Fernandina* en honor del monarca; y tomando luego el nombre de su fundador.

Pero todos estos buenos resultados que Cienfuegos obtenía, estaban bastante compensados con las contrariedades que su mando le proporcionaba. Era este (y aún sigue siéndolo) muy ocasionado á disgustos para cualquiera, mucho más para quien reunía las condiciones y tenía el modo de ver que ya hemos descrito. Sus cartas son el espejo donde se reproducen todas las amarguras de su corazón honrado; veía el mal, tenía á la mano el remedio, y mil trabas de todas clases le impedían aplicarlo. Abruñábanle sus recomendados con peticiones de empleos, ó (lo que es peor) trataban de hacer servir aquellas relaciones como pantalla de censurables abusos.

No es, pues, extraño que á los pocos meses pidiese ya dejar cargo que le era tan desagradable, pero sus razonadas exposiciones fueron una y otra vez desatendidas. «Pido mi retiro (dice á su hermano don Baltasar) de Coronel de Artillería, que soy desde el año 1809; olvidando los empleos con que me revistieron la casualidad, las

»circunstancias y la bondad de nuestro amado Soberano,
»pero no mi mérito ni mi carácter.»

Sin embargo, por poco aprecio que él hiciese de su valer, no le sucedía lo mismo al Gobierno, que le mantenía en aquel puesto, comprendiendo cuanto lo merecía y cuán provechosa era su autoridad á los intereses de Cuba. Solo al cabo de reiteradas instancias y cuando á los padecimientos morales se añadieron los físicos, efecto del clima, consiguió ser relevado. Para este objeto se nombró al Teniente General D. Juan Manuel Cajigal, que llegó á la Habana el 29 de Agosto de 1819 en la fragata *Sabino* y al frente de un convoy de 3.000 hombres. Cienfuegos le entregó el mando desde luégo, pero no regresó á España á causa de no ser apropiado aquella época del año y tener enferma á su hija Escolástica, nacida el año anterior, prolongándose su estancia en la Isla hasta los últimos meses de 1820 (*). Todo este tiempo permaneció con los suyos, agasajado y obsequiado en casa de una familia amiga, de las muchas cuyas simpatías se había captado por su rectitud y bondad.

Al terminar esta época de su vida, creemos no poder hacer mayor elogio suyo, que transcribir las palabras del Sr. Pezuela en su notable *Diccionario histórico, etc., etc., de la Isla de Cuba*, que vienen á ser un elocuente resumen de todo lo apuntado. Dice así:

»Por cualquiera faz que se estudie la administración
»de este General, unisono en sus miras con D. Alejandro
»Ramírez, que vino con él á hacerse cargo de la Hacienda,
»da, tiene que reconocerse que de aquella época arrancan
»can el fomento de la población blanca del país; la liber-

(*) Hemos oído decir que en el viaje de regreso á España, trajo Cienfuegos bajo su protección y á su costa, á la insigne escritora D.^a Cecilia Böhl de Faber y Larrea (Fernan-Caballero), que á los veintitres años de edad, acababa de enviudar de su primer marido el capitán de infantería Planells y Bardaxí.

»tad del tráfico con los extranjeros, la del cultivo del ta-
»baco, la entendida defensa del territorio y multitud de
»reformas regeneradoras. Estos beneficios, unidos á su
»amor á la justicia y á una probidad resplandeciente, hi-
»cieron perdonar á Cienfuegos las escentricidades de su
»carácter. Su nombre, perpetuado en la Isla con el de la
»hoy floreciente población á que puso los cimientos, ocu-
»pará siempre lugar muy distinguido en la lista de sus
»Gobernadores Generales.»

V.

Llegamos ya a los últimos cinco años de una vida tan agitada, á la cual prestarían grande interés, si pudieran conocerse y detallarse, los mil sucesos que Cienfuegos presencié ó en los cuales tomó parte, desde el sitio de Mahón, hasta las luchas políticas que eslabonan la guerra de la Independencia con la primera civil, si menos grande en sus fines, no menos sangrienta y enconada.

La sublevación del ejército destinado á América, en Cabezas de San Juan; la profunda división, desde entónces vigorosamente determinada entre constitucionales y realistas, y la lucha en que alternativamente fueron vencedores y vencidos, no podían dejar de envolver á Cienfuegos en su torbellino. Eran sus ideas de completa adhesión al Monarca y al sistema con que, por tanto tiempo, se había regido la nación española; no es pues extraño que al desembarcar en la Península, en una época en que triunfaba el sistema opuesto al suyo, tuviese que sufrir no pequeños vejámenes. Al cabo de quince meses de no cobrar sus pagas, se vió obligado por el Conde del Abisbal á salir de España sin auxilio alguno, pasando en Francia la mayor parte del año 21 y regresando en Octubre. Fué entonces colocado en la Junta del Monte Pío Mi-

litar y desempeñó otros varios cargos, entre ellos el de secretario del Despacho de la Guerra, desde 24 de Enero á 28 de Febrero del año siguiente.

Cuando en 1823 y como consecuencia de la intervención francesa, fué reintegrado Fernando VII en el ejercicio de la soberanía absoluta, se le devolvió á nuestro General, como era justo, el cargo de Consejero del Supremo de la Guerra, de que había sido despojado, con otros varios honores y distinciones correspondientes á sus dilatados servicios. Pero seguramente, de todos aquellos, el que debió proporcionarle una satisfacción más pura, fué el nombramiento de Director general de Artillería: en verdad que nadie con más títulos que él, merecía ocupar el primer puesto de una corporación en la que había servido la mayor ó mejor parte de su vida con tan acendrado cariño como inquebrantable lealtad.

Bien debe comprenderse que las famosas *purificaciones*, por entonces empleadas para depurar los antecedentes políticos de los servidores del Estado, no podían dar, respecto á Cienfuegos, más que un resultado completamente satisfactorio. Así le fué comunicado en 22 de Noviembre de 1824, y por ello le felicitaron las dependencias del Cuerpo que dirigía, deseando para todos igual satisfacción. ¡Tristes exigencias, producto de la intolerancia en que se extremaban á porfía los opuestos bandos!

Tocaba ya á su fin la vida del anciano soldado. Aporróse de él inexorable dolencia, que fué acabando con sus fuerzas hasta el extremo de pedir, en Abril de 1825, su sustitución, por no poder siquiera firmar: agravándose su enfermedad, falleció el 29 de dicho mes, querido y respetado de cuantos le conocían.

Terminan, pues, aquí los breves apuntes que hemos dedicado á honrar la memoria de este militar asturiano, tan recto como inteligente, modesto hasta lo inverosímil, probo como el que más en cargos muy necesitados de tal circunstancia, amante de su patria en general y de su país muy particularmente: hombre, en fin, de aquella

generación con cuyo valor y virtudes nos envanecemos á todas horas. Aunque perdida, ó poco menos, la fe en los ideales que á ellos sirvieron de base y motivo para tan heróicos esfuerzos, tengamos el triste presentimiento de no saber imitarlos si, por desgracia, volviese á encontrarse España en circunstancias parecidas.

MANUEL SOMOZA.

Oviedo 8 Diciembre 1886.

ARCHIVO
FACULTATIVO DE ARTILLERIA

